



MUSEO  
SITIO DE MEMORIA  
ESMA



# HISTORIAS SIN OLVIDO

En el edificio del Casino de Oficiales funcionó el Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio de la Escuela de Mecánica de la Armada, ESMA. Durante la última dictadura cívico-militar, entre los años 1976 y 1983, existieron en nuestro país más de 700 lugares de detención ilegal.

**Aquí, en la ESMA** estuvieron detenidos-desaparecidos cerca de 5.000 hombres y mujeres. Militantes políticos y sociales, de organizaciones revolucionarias armadas y no armadas, trabajadores y gremialistas, estudiantes, profesionales, artistas y religiosos. La mayoría de ellos fueron arrojados vivos al mar.

**Aquí, en la ESMA** la Armada planificó secuestros y llevó a cabo asesinatos de manera sistemática. Aquí mantuvo a los prisioneros encapuchados y engrillados. Aquí los torturó. Aquí los desapareció.

**Aquí, en la ESMA** nacieron en cautiverio niños que fueron separados de sus madres. En su mayoría fueron apropiados ilegalmente o robados. Muchos de ellos son los desaparecidos vivos que aún seguimos buscando.

**Aquí, en la ESMA, se produjo un crimen contra la humanidad.**

**memoria,  
verdad y  
justicia**

## MUSEO SITIO DE MEMORIA ESMA

**Ex centro clandestino de detención, tortura y exterminio**

Abierto al público de martes a domingo de 10 a 17 h.

Entrada gratuita. Visitas guiadas. Audioguías.

Contenido no apto para menores de 12 años.

Av. Del Libertador 8151 / 8571 (ex ESMA) CABA, Argentina.

+54 (11) 5300-4000 int. 79178/80 - [sitiomemoriaesma@jus.gov.ar](mailto:sitiomemoriaesma@jus.gov.ar)

Agendar visitas grupales: [institucionalsitioesma@jus.gov.ar](mailto:institucionalsitioesma@jus.gov.ar)



Argentina **unida**

Secretaría de  
Derechos Humanos



Ministerio de Justicia  
y Derechos Humanos  
Argentina

# HABITANDO IDENTIDADES

## BIOGRAFÍAS CON MEMORIA

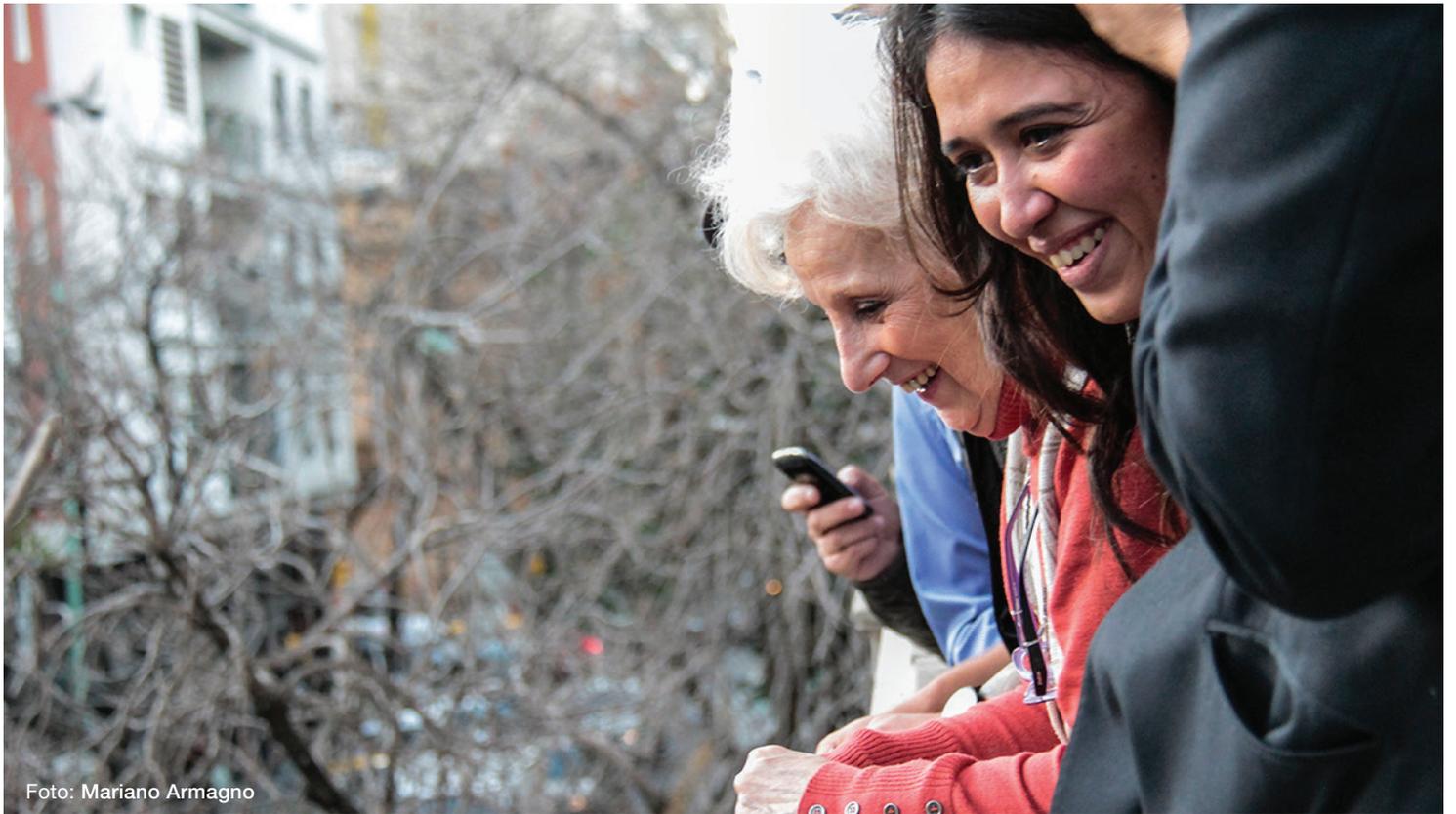


Foto: Mariano Armagno

Victoria Hilda Montenegro nació el 31 de enero de 1976. Es hija de Hilda Ramona Torres, Chicha y Roque Orlando Montenegro, Toti. Sus padres eran de la localidad salteña de Metán. Ambos militaban en el ERP. En 1975 se mudan a Boulogne, provincia de Buenos Aires. El 13 de febrero de 1976, cuando Victoria tenía trece días de vida, allanaron la casa en un operativo encabezado por el coronel Herman Antonio Tetzlaff, del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército. Sus padres murieron en el operativo. Tetzlaff dejó a Victoria en la Comisaría de San Martín, de donde la retiró antes de que cumpliera seis meses de vida. Con ella retiró también a otro niño para entregárselo a su empleada doméstica. El niño iba a ser identificado más tarde como Horacio Pietragalla Corti. Victoria fue inscrita como hija biológica del coronel Tetzlaff y su esposa, María del Carmen Eduarte.

En 1984 Abuelas de Plaza de Mayo recibió la primera información de la apropiación de Victoria. En 1988 inician una causa judicial en el juzgado federal de San Isidro por apropiación. Este proceso se vio dilatado por el permanente cambio de domicilio de la pareja apropiadora. Finalmente, la joven se realizó el análisis de ADN y el 5 de julio de 2000 se confirmó que era hija de Hilda y Roque. En junio de 2001 la joven se reencontró con su familia biológica.

Victoria logró contar por primera vez la historia de su apropiación de modo completo en abril de 2011, durante una audiencia del juicio por el Plan Sistemático de Robo de Niños. En la audiencia rió y no paró de llorar. A ella la sacaron de abajo de los cuerpos de sus padres. Le sangraban los odios, los tenía estallados.

— Él me dijo que mató a mis padres —dijo Victoria en el juicio—, que había sido una guerra. Esa noche tomó mucho. Lo dijo un par de veces. Dijo que había mucha ropita. Que él fue el jefe. Después, mi apropiadora me contó el resto de las cosas”.

Victoria fue reconstruyendo su historia con el paso del tiempo. Todavía guarda una carta

de un compañero de sus padres, con el que reconstruyó el origen de su nombre y parte de sus días con ellos. A su padre, Toti, le decían Felipe.

“Convivimos ocasionalmente en la zona norte de la provincia de Buenos Aires, en una casa en William Morris —escribió el amigo de su padre— a cuatro o cinco cuadras de la estación, no sé si era la casa de ellos o no. La casa era una prefabricada de dos pequeños cuartos y una pequeña cocina. Un día llega un compañero de la dirección, el querido y recordado Tordo de Benedetti, que será un preso rehén fusilado en los años de la dictadura, al que debíamos alojar por unos días. Suponíamos que estaba esperando una tarea (...). Él tenía 27 o 28 años, nosotros habíamos pasado los 20, así que estábamos fascinados. Recuerdo particularmente a Felipe, cómo festejaba las historias y las acciones históricas de los Tupas, que entonces estaban al nivel de las leyendas de la revolución en el continente”. “Mary estaba en avanzado estado de gravidez y me acuerdo de la felicidad de Felipe. Y como éramos compinches ya que nos reencontrábamos después de Tucumán siempre era como reencontrarse con hermanos muy queridos. Recuerdo que te iban a poner Victoria Hilda, me dijo Felipe”.

Los Tetzlaff vivían en el complejo de monoblocks de Villa Lugano. El departamento solía estar lleno de banderas. Entre los amigos estaban Leopoldo Galtieri, Guillermo Suárez Mason y Omar Riveros. Tetzlaff era una persona con un cuerpo grande, de 2 metros de alto y 145 kilos, era rubio como su esposa, descendientes de alemanes. Tenían una hija biológica más grande que Victoria.

A los cinco o seis años Victoria rompió una taza. Un recuerdo que todavía conserva. De eso habló en aquella audiencia. María del Carmen la retó. Le dijo que iba a devolverla a la casa de las monjas. Tetzlaff dijo que ya no podían hacerlo. Victoria, entonces, pidió perdón. — Por esta vez te perdono y te quedas en casa —escuchó a su apropiadora.

Victoria creció con el nombre de María Sol Tetzlaff Eduarte. En esa vida que le habían creado, había nacido el 28 de mayo de 1976, un día antes de la celebración del Día del Ejército. En esa historia, el día 28 Tetzlaff tuvo un desfile militar en San Isidro cuando María del Carmen, estando embarazada, se descompuso y fue trasladada a la clínica del Sol donde nació la beba que recibió el nombre de la institución.

— ¿Tiene algún recuerdo de él en dictadura? —preguntó el fiscal. Y ella empezó a ir hacia atrás, se metió en Campo de Mayo, en un asado con Tetzlaff. Es verano.

“Él pasaba los veranos conmigo. O los feriados, yo me iba con él al cuartel y me quedaba. Él contaba sobre los operativos. Se sentaba en una mesa y comía asado todos los días. Yo me sentaba a la derecha. Explicaba detalles de cuándo mataban a los subversivos. Que a ellos los sorprendía el grado de valentía de las mujeres, que no se lo esperaban”.

Él le decía que había que dar la vida por la causa. Victoria no entendía de qué causa hablaba.

“La causa no sé qué era exactamente, pero era una bandera celeste y blanca; ellos eran los buenos, había una causa nacional; era el olor a cuero, las botas, la familia cristiana, la misa, cenar afuera porque Mary no cocinaba, para mí ésa era la familia: los restaurantes llenos y Herman que terminaba las conversaciones con la 45 arriba de la mesa:

— Yo siempre tengo razón —decía— y más cuando no la tengo.

### La revelación

Victoria creía que en Argentina había habido una guerra. Que el coronel era su padre verdadero.

— ¿Cuándo aparecieron tus dudas? —pregunto el fiscal.



Foto: Julián Athos

— Cuando tenía 9 años —dijo ella—. Llamaron a Herman de un juzgado de Morón. Yo lo acompañé. Entré al despacho del juez y el juez preguntó si no era mejor que yo esperara afuera. Herman dijo que no. En ese momento, el juez sacó de un cajón una causa judicial y le dijo que las viejas ya estaban empezando a molestar.

Tezlaff tenía varios conocidos en los juzgados. Le pasaban información sobre la causa. Ella creía lo que él decía: que de alguna manera, la subversión se estaba vengando de los soldados. Estaba convencida de que los desaparecidos eran una mentira. Que las Abuelas dañaban a las familias. En 1988, el coronel le dijo que había un juez montonero en San Isidro que estaba haciendo una investigación.

— Que estaban las Abuelas de por medio, que lo más probable era que me sacaran sangre para compararla con el Banco Genético, y que en realidad lo manejaban las Abuelas. Le dijo que seguramente iban a decirle que era hija de la subversión, que iban a ir a buscarla y a llevársela de la casa.

Victoria se hizo, primero, un examen que confirmó que no era hija de los Tetzlaff. Cuando el juzgado la convocó a extraerse otra muestra, se negó. Intervino finalmente la Cámara de Apelaciones de San Martín donde la esperaban tres jueces.

— Uno subversivo y montonero —le dijo su apropiador— y dos de los nuestros.

La Cámara aceptó que no se sacara sangre, con un fallo que sirvió de antecedente para el caso de Evelyn Vásquez, y luego fue confirmado por la Corte Suprema de Nación. Ese día Tezlaff la esperó en una parrilla. Victoria le entregó el fallo en las manos.

Finalmente, el juzgado cruzó información de su ADN con el Banco Nacional de Datos Genéticos. El 5 de julio de 2000 se confirmó que era hija de Hilda y de Roque. El juez Markevich le dio la noticia.

— Lo primero que dije es que en todos esos porcentajes había un cero coma cero uno por ciento que me permitía pensar que podía no ser así —dijo en el juicio—. Me agarró terror porque era hija de la subversión, primer miedo. Yo era hija del enemigo, dije. No me va a querer más. Yo estaba convencida de que para Hermán me había convertido en el enemigo.



Foto: Mariano Armagno

## Identidades habitables, identidades disponibles

María del Carmen Roqueta presidió el tribunal de juicio del robo de niños. Frente a los jueces y a la jueza estaba el fiscal. Y también los acusados. Las audiencias juzgaban a Jorge Rafael Videla, el primer presidente de la Junta Militar. Había otros represores. Pero en esas sillas no estaba Tetzlaff. Había fallecido detenido en Campo de Mayo.

La entrada de la casa de Victoria cambió tiempo después del juicio. Ya no había lo que hubo. Victoria descolgó algunos de sus cuadros. La imagen del coronel Tetzlaff con dos niñas en brazos pasó del centro de una pared a un cajón del armario. En las paredes colocó las fotos de sus hijos, una imagen de Cristina Fernández y la única foto a colores que encontró de su madre, Hilda.

Marlene Wayar, una de las activistas trans más importantes de Argentina, habla de “identidades disponibles” para explicar lo que les sucede cuando encuentran algo parecido a un modelo, alguien que habilite aquello más subjetivo que en ocasiones viven de modo encapsulado y patológico. La identidad, dice, es un espacio que puede entenderse como un límite que nos sujeta sólo a un lugar si no sabemos oírnos a nosotros mismos y poner en circulación nues-

tra propia identidad como disponible para otros, al menos para entenderlas como puntos de partida en la autoconstrucción.

Wayar escribió estas líneas a propósito de la historia de Fernando Rodríguez escrita por él mismo. “Mi primer ‘Yo Fernando’ —decía él— fue un ‘Fernando’ escrito: tipearlo y verlo reflejado en la pantalla era como mirarme al espejo y por fin gustarme, aunque más no fuera por una hora o dos en un cyber. Esa fue la primera gota de la oleada que vendría después”. Esta misma capacidad de reconstrucción aparece en el relato de Victoria Montenegro pero también en cada uno de quienes han transitado historias de desinscripción y reafiliación. En algunos casos, porque provienen del universo de niños y niñas robadas porque esas desafiliaciones fueron literales y amputadas. En otros casos, porque son resultados de nuevas filiaciones que cada uno/a va transitando y escogiendo a lo largo del tiempo.

Los espacios de memoria como el Museo, también los Juicios Orales de lesa humanidad, construyen escenas en las que aparecen historias que abren diálogos en espejos, invitaciones a quienes están sentados en las sillas o del otro lado de las pantallas. Donde quienes llegan y leen también pueden encontrar claves para sentirse interpelados o habilitados para encontrar una nueva filiación.